



EL MUNDO ALEGRE.

PERIÓDICO QUINCENAL,

QUE PUBLICA

POESÍAS Y ARTÍCULOS INÉDITOS

DE LOS

PRINCIPALES LITERATOS

Y DIBUJOS DE LOS

MEJORES ARTISTAS.

FOTOGRAFADOS DE LAPORTA

ADMINISTRADOR—PROPIETARIO:

JULIAN RODRÍGUEZ.

CUADERNO 7.^o—SERIE 1.^a

Precio: 10 céntimos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,
TESORO, 5, BAJO.
MADRID.

MADRID: 1890, — IMPRENTA DE JOSÉ CRUZADO, DIVINO PASTOR, 9.



EL MUNDO ALEGRE.

RESUMEN RECREATIVO.

Hasta hoy se perdían portamonedas, relojes, pañuelos, alfileres, sortijas y perros y doncellas, y tal cual funcionario público ó particular en unión de fondos ajenos.

Pero fieras y reptiles no se extraviaban.

Un león en Alpera, un tigre en Almería y una serpiente *boba* del Parque de Madrid.

Ya nadie se acuerda de semejantes fugas, hasta que el día menos pensado, al revolver una esquina, algún vecino trasnochador tropiece con un bulto, que sin decir palabra se le eche encima.

El rugido ó el silbido descubrirán al agresor.

—¡Cielos!—exclamación clásica.—¡El león' ó ¡el tigre! ó ¡el hua!

Y cuando vuelva en sí, tal vez sea ya cadáver.

Luego dirán los quínicos que en la naturaleza nada se pierde, y nada se crea.

Lo único que no se pierde jamás son las elecciones.

Es decir, no las pierde el gobierno que las dirige.

En cambio se han perdido las cosechas en varias comarcas.

Y se han perdido los baños del Manzanares.

La última tormenta destruyó aquellos elegantes salones esterados por la techumbre.

—Hemos terminado la temporada. Ruperta; hasta Julio de 1891 *no volveremos á lavarnos* en aguas públicas, hasta el próximo centenario.

—Tú ni en privadas. Cosme. Lo siento por los niños, porque les sentaban muy bien las aguas puras del río.

—Son alimenticias.

Y tiene razón ese padre; bañarse en el Manzanares es bañarse en puré de vecinos.

Y á pesar de todo, de aquellos establecimientos balnearios han salido muchas bodas para el porvenir y algunas de presente ó á la vista.

Un amigo mío que se está preparando para ingresar en la Academia Española conoció en el Manzanares á la que hoy es su esposa política.

La vió por primera vez á través de la estera en el baño de perras grandes, y se recreó en las formas de aquella muchacha, burlando la vigilancia de los guardias cuya misión es evitar las vistas al interior.

Al salir la invitó á buñuelos, y ella y su tía admitieron después de excusarse algunas veces, porque se trataba de buñuelos solamente.

Después las invitó mi amigo á montar en tranvía y montaron.

Y más tarde se invitó él á subir á la casa.

Al siguiente día se repitió la función.

Y así sucesivamente, llegaron á intimar la muchacha y mi amigo.

La tía se murió una vez y quedó la sobrina huérfana de tía.

La chica y mi amigo se coaligaron, por economía, y así continúan.

Hay varios casos de parejas felices oriundas del Manzanares.

La verdad es, que en Madrid se pasa el verano con comodidades.

No se sufre la molestia de los viajes, y se disfruta del espectáculo de todos los balnearios y de todas las playas de España.

Cada año salen á bañarse, por cuenta de las empresas periódicas, diez ó doce corresponsales ó reporters que descubren las provincias y describen puertos, personas y faros, como si los estrenaran.

Así es, que los habitantes de Madrid inamovibles, disfrutan por un corto interés, de todas las aguas y de todas las estaciones balnearias.

Si no fuera por esas descripciones de algunos *comis-reducteurs*, ¿cuándo habíamos de conocer á Santander ni á San Sebastián, ni á Bilbao, ni á Pozuelo.... de la Oca?

Pero á pesar de todo, emigran muchas personas en cuanto apunta el verano.

Y este año la emigración ha sido más numerosa que en años anteriores.

Efecto de la crisis.

Como unos cobraban la última nómina para salir, y otros la primera, al entrar, había abundancia de capitalistas.

Así es que todos hemos salido y todas: «el eminente escritor Gómez; el conocido pintor de paisajes nevados y retratos lo mismo, Pérez de Rahavillo; el infatigable tribuno casero Sr. de Peana; el acreditado senador...»

De todos estos señores sabrán ustedes por la prensa dónde se hallan y las aguas que toman.

Hay familias en las cuales cada individuo necesita diferentes aguas.

La señora, aguas «carbonizadas», como ella dice.

El señor, aguas jabonadas.

Una de las señoritas, ferruginosa.

Otra, azogada.

Los niños, agua caliente y es tropajos.

Y el pequeñito, agua de Colonia ó esencia de rosa.

Lo que me decía un presbitero amigo mío.

—Se acostumbra la naturaleza y no se puede prescindir de los baños que uno necesita, si yo no fuera con frecuencia Alabama, no podría vivir: debo Alabama la salud que disfruto.

EDUARDO DE PALACIO

¡QUE LA BUSQUEN!

Que la busquen sin tardar,
porque tiemblo, al presumir
lo que pudiera ocurrir
si no la logran hallar.

Ella parece dormida,
mas conviene estar alerta;
de fijo que está despierta
cual no lo estuvo en su vida.

Ayer desapareció
á un descuido que tuvieron.
Cuando en casa lo supieron
la familia se aterroró.

Ella es buena y cariñosa
y en casa á nadie amedrenta;
pero sola, y por su cuenta,
es capaz de cualquier cosa.

Es tan modosa y tan fina,
que sólo el verla, entretiene.
Algunos dicen que tiene
una lengua viperina.

Y por tan necios antojos,
de la pobrecita en mengua,
hay quien, por lo de la lengua,
la mira con malos ojos.

Como Luzbel de la cruz
huyen todos si ella pasa.
En fin, ¿qué más? Hasta en casa,
un inquilino andaluz
que ocupaba el cuarto cuarto,
cada vez que la veía,
después de escupir, decía:
«¡Quita! ¡Lagarto, lagarto!»

¡Tiene una piel tan bonita
y unos gustos tan sencillos!
¡Cómo luce sus anillos!
¡Cómo silba! ¡Pobrecita!
Así, vista desde lejos,
es simpática del todo,
¡Y si viera usted qué modo
de gustarla los conejos!

Por golosa en demasía
temo yo una atrocidad,
si entra por casualidad
en una pastelería.

Temiendo un disgusto grave,
porque está un poco chillada,
la teníamos guardada



Con sus destempladas notas
dan la lata á un personaje,
que al fin se cansa y los manda
con la música á otra parte.

casi, siempre bajo llave.

Y al fin se nos escapó,
burlando nuestra constancia
y exquisita vigilancia,
cuando ya trataba yo,
como acto digno de encomio
—que ella me agradecería—
de engañarla, y cualquier día,
meterla en un manicomio.

Hoy á vucencia le toca
buscarla sin descansar,
porque está loca de atar
y hay que encontrar á esa loca.

Y no andar con dilaciones,
blanduras ni tonterías,
porque tiene unas manías
que parte los corazones.

Hay que ser duro y severo,
procediendo á su captura
con audacia y con premura....

—Descuide usted, caballero,
si la pescan la hacen cachos.

—No es un proceder muy recto,
pues, aunque tiene el defecto
de gustarla los muchachos,
no es liviandad ni impureza,
como vucencia creerá,
es que la infeliz está
tocada de lá cabeza.

Ella es del Burgo de Osma,
pregunte usted en el Burgo....

—¡Pues si dicen que es de Hamburgo!

—¡No es cierto! — ¡Jesús que posma!

—Pues hombre, tendría que ver,

¡Si sabré yo, voto á tal,

de qué tierra es natural
la madre de mi mujer!
¡Con una sirvienta negra
vino de Guanabacoa!

—¿Pues no habla usted de la boa?...

—¿Yo? ¡No señor, de mi suegra!

E. NAVARRO GONZALVO.

EL SENTIMIENTO.

Todo era amargura y desesperación en casa de los de López.

El telégrafo, con su terrible laconismo, les había comunicado las noticias siguientes:

«Tío moribundo. Arroja medicinas boca y nariz. Sinapismos infructuosos; vientre hinchado. No hay esperanza.»

—¡Tío de mi corazón!—dijo la señora de López arrojándose en brazos de su esposo.

—A la botica inmediatamente—gritó López dirigiéndose a la criada.

—¿Qué pido?

—Pide una mistura emoliente para una señora que se ha quedado huérfana de un tío.

Y la chica salió de casa volando y puso en alarma al farmacéutico, que era persona de muy buen corazón.

—¿Pero quién es la enferma?—preguntó asustado.

—Mi señora. Tenía un tío y se le murió encima, como quien dice.

—¿Pero dónde estaba ese tío?

—En Zaragoza.

Pronto circuló por el pueblo la fatal noticia, y la casa de López se llenó de gente vestida de negro.

—Acabamos de recibir la triste nueva—decían las personas de confianza.—¡Pobres don Orencio!

—Yo siempre dije que con aquella cara no podía vivir mucho tiempo—añadió uno de los visitantes.

—¡Ay tío, tío!—murmuraba la señora de López enjugándose los ojos con el tapete de la camilla.—La última vez que estuve aquí se le fijó un dolor en el cogote y esto fué lo que le llevó a la tumba.

—¡Era mucha cara aquella! Parecía un melón de Añover—siguió diciendo el amigo de an

tes. — Por fuerza tenía que morir.

—Vamos, Aniceta, ten valor y no te desesperes así—decía López, tratando de consolar a su dulce compañera.

—¿Y cuándo exhaló el último suspiro?—preguntó una señora bañada en llanto.

—Como exhalar no lo ha exhalado todavía, pero en eso anda—murmuró López.

—Lo probable será que esté dando las boqueadas en este momento—añadió la esposa.

Había acudido a aquella casa lo mejor del pueblo. El juez, que parecía un paraguas con funda, por lo erguido y lo triste; el administrador de rentas *estancadas*, que era un viejo acicalado y amante de las buenas formas; un boticario, hombre fúnebre, que había escrito un poema titulado *El ciprés y la belladona*, y otras varias personas de buena posición y de sentimientos generosos.

—¡No sumos nada!—decía con acento dolorido una señora casada en *terceras nupcias*.—Mi segundo marido estaba bueno y sano y de pronto... ¡pum!

—¿Murio de algún golpe?—le preguntó una de las asistentes.

—No, señora; se le rompió una vena discutiendo sobre política con un procurador.

—¡Ay tío de mi alma!—seguía diciendo la de López, en-

tre sollozos y contorsiones nerviosas.

—¿Era hombre acaudalado?—preguntó el juez solemnemente.

—Sí, bastante acaudalado—contestó López, haciendo una mueca melancólica.

—Y no teniendo otros parientes más inmediatos, la fortuna pasará a ser de ustedes. Del mal al menos.

—¡Ay! ¡ay!—exclamó la señora de López al oír estas palabras.—No nos hable usted de intereses en estos momentos. ¡Pobre tío de mi corazón! ¡Pobre ángel!

—No queremos saber nada de herencia—añadió López.—¿De qué nos sirven los bienes terrenales si ya no tenemos tío?

—Era una excelente persona—dijo el administrador de rentas.

—Y muy bien parecido—añadió la señora casada en *terceras*.

—¡Y muy limpio!—exclamó la de López en el colmo del entusiasmo.—La última vez que estuvo aquí, siempre se estaba lavando el pescuezo con un cepillo, y todas las mañanas se arrancaba los pelillos de la nariz con unas pinzas.

Aquella casa se había convertido en un panteón. Los amigos, después de ponderar las virtudes cívicas del difunto.

guardaron silencio; y sólo la señora de López suspiraba de cuando en cuando y se mesaba los cabellos con desesperación.

—Anicetita, vamos, mujer—murmuraba el esposo.—Aún quedo yo en el mundo. ¿Quieres tomar una tacita de flor de tila?

—Desabróchela usted—objeció el boticario.—Puede que tenga opresión.

—Cuando falleció mi primer marido—dijo la de las terceras nupcias—se me puso una columna de aire desde la garganta hasta el estómago y tuvieron que sacármelo á fuerza de revulsivos. ¡Qué sentimiento tuve yo por aquel hombre! Era una persona muy aseada y muy atenta; no me cogía la mano una sola vez sin decirme antes: «Aquilina, ¿tienes la bondad de permitirme que estreche tu diestra en señal de la estimación que te profeso como esposa y madre de mis futuros hijos?»

—¿No han tenido ustedes familia?—le preguntó el administrador de rentas, dirigiéndole una mirada seductora.

—Tuve veintifréis malos partos.

—¡Qué horror!

—Porque siempre he sido muy ágil y tengo la costumbre de arrojarme desde la cama de golpe; de suerte que sin querer he

ido destruyendo toda la familia.

La conversación se suspendió con la entrada de un nuevo personaje. Era el médico del pueblo, hombre de mucha ciencia, aunque aficionado al aguar-diente.

—¡Don Eulogio!—dijo la señora de López derramando lágrimas á chorros.—Ya sabe usted lo que nos pasa. Mi pobre tío ha dejado de existir....

Pero la señora de López no pudo terminar la frase y cayó al suelo víctima de una convulsión nerviosa.

El médico mandó que la tendiesen en la cama y le friccio-nasen el cuerpo con una servilleta.

Todo era inútil. La convulsión seguía cada vez con más fuerza, y el esposo afligido, se arrancaba los cabellos detrás de una cortina.

De pronto penetró en la alcoba una doncella y entregó á López un telegrama.

—¿A ver?—dijo el atribulado esposo, apoderándose del pliego.

Y leyó en voz alta lo siguiente:

«Tío arrojó bola lombricás. Considérase fuera peligro. Está levantado. Casarás jueves con la criada.»

La señora de López lanzó un grito y comenzó á retorcerse en la cama como una lagartija.

Entonces dijo el médico:

—Ahora sí que va de veras.
—¿Qué?—preguntó López
todo asustado.

—¡Que se muere de *sentimiento*
esta señora!

LUIS TABOADA.

HUMORADAS.

I.

En este triste valle en que encontramos
unas veces placer, otras hastío,
sólo al fin de la vida averiguamos
que en no haciendo calor es que hace frío.

II.

Para escribir de amores, prenda mía,
no creo que haga falta ortografía.

III.

¿Qué pensará de mí cuando me vea
que, en cuanto viene el frío,
olvido por la dulce chimenea
aquellos baños en el claro río
que eran de nuestro ardor la panacea
en las templadas tardes del estío?

IV.

Tanto mis ilusiones va malando
del matrimonio el santo Sacramento,
que hace tiempo presiento
que es el tálamo un túmulo más blando.

V.

Qué es lo que hará no acierto,
el que se encuentre vivo estando muerto.

VI.

Tanta filosofía hay encerrada
de una mujer hermosa en la mirada,
que cuando en mí tus ojos lijos veo
me parece que á Kant á á Fichte leo.
Sólo te haré notar, pese á las iras
de sabios y amadores,
que ni yo leo nunca á esos señores
ni jamás tú me miras.

VII.

No tengo en que me crean gran empeño;
mas ya que de idealismos hago alarde,
sé, durmiendo la siesta por la tarde,
que una gran digestión trae un buen sueño.

VIII.

¿Quién leyendo la Iliada ó la Odisea
imitar no desea
á aquellos semidioses inmortales,
que bajaron aquí del alto cielo
á realizar hazañas
á que hoy un magistrado sin entrañas
da por premio el presidio ó el Modelo?

IX.

Aunque nadie lo crea
me gustan más dos guapas que una fea.

X.

Tal peso el genio tiene
que, por no ver los orbes desquiciados,
por cada genio que á la tierra viene
nace un millón de tontas rematados.

XI.

Te halló tan pura mi pasión ardiente
que ni á besarte me atreví en la frente.
Hoy, que cargada de años vuelvo á hallarte,
figúrate si ya querré besarte.

XII.

Todas mis esperanzas vi cifradas
en un suspiro, un beso, una mirada;
y ahora miro mi anhelo satisfecho
con una buena mesa y un buen lecho.

XIII.

Que aun en cosas de estética distingo,
lo dice claramente
el que no puedo ver indiferente
á un hortera con traje de domingo.

ANGEL R. CHAVES.

LIBROS.

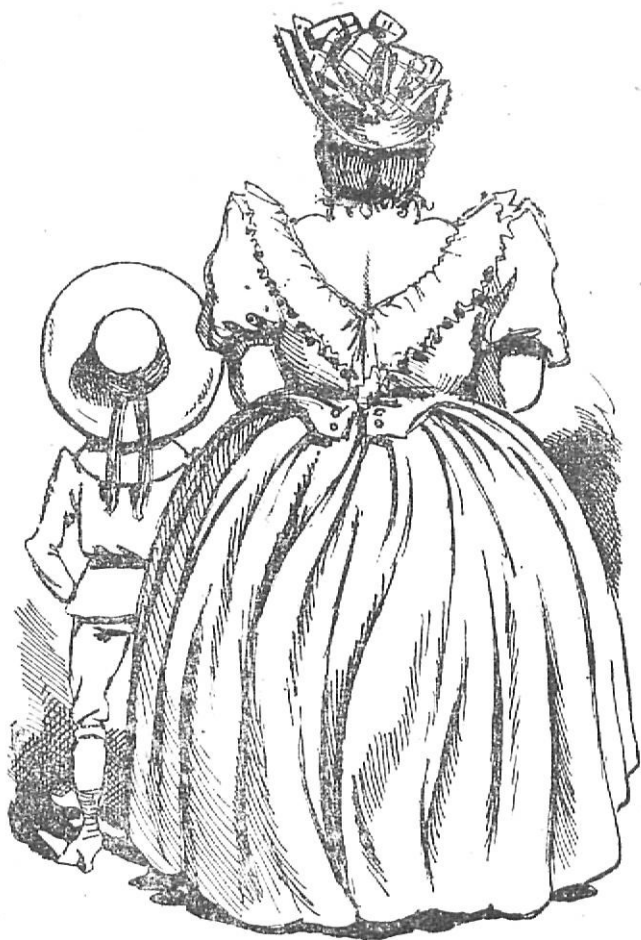
VIDA MODERNA.

Supongamos—nada va en ello—que usted, lector, no se encuentra á gusto en su casa, que de cuartos no está ni medio bien, y que un día se lanza por calles y plazas en busca de nuevo alojamiento.

Se fija en todas las tablillas que recen el consabido «Se alquila un piso,» en el aspecto exterior del edificio, sitio en

que se halla enclavado, y en todos esos detalles que, si uno no para atención á ellos en casos tales, los hombres metódicos los pesan cuando de modificar momentáneamente sus usos y costumbres se trata, pues tanto monta para algunos mudar de domicilio.

Si la casa tiene apariencias de lujosa y por lo tanto cara, la mira usted como á cosa vedada; suspira un es si no es contrariado; aprieta el paso para perderla de vista, y hasta se le pasan por las mientes ese cortejo de de-



seos y rencores que preside la envidia, y que nos pone malhumorados al comparar lo mucho que tiene el vecino, con lo poco de que uno dispone.

¿Que la casa denota vejez? Esto me conviene, dícese usted satisfecho del hallazgo. Tendrá habitaciones espaciaosas; un remede de portería, con una portera muy cuentera; escalera empinada como aspiración de soñador, pero rentará poco, que es lo que conviene á su escasez de dinero, que no á su deseo, y dicho y hecho. Cierra el trato, y al siguiente día preséntase usted en la nueva morada acompañado de muebles, cacharros y chiquillos, y hasta otra mudanza, que ocurrirá cuando menos lo piense, pues el ansia de catar lo nuevo no tiene término en nosotros.

Supongamos—y va de suposiciones—que entra usted en el portal de una casa vieja ó llamante—esto no hace al caso—y se le encara un señor muy estirado, vestido de rigurosa etiqueta, calzadas las manos con guantes blancos, y que le dice con ese tono del que presta cinco pesos: ¿Qué se le ofrece? soy el portero para lo que tengá á bien mandarme. Usted al verle tan majo, se corta, y en vez de preguntar si renta poco el cuarto desalquilado, pregunta si en el piso segundo vive D. Fulano,

cualquier cosa menos el objeto que allí le lleva. Al marcharse, parece usted el portero y éste el señor, pues tantas son las cortesías y saludos que larga al figurín de los guardianes.

Algo parecido á lo dicho me ha sucedido á mi con el libro del Sr. Osorio y Gallardo, titulado *Vida Moderata*. Y es que tiene como portero nada menos que al Excmo. Sr. Duque de Rivas, á lo que viene á ser lo mismo, el prólogo del tal libro es debido á la muy mal cortada pluma del señor duque, hijo del otro, del autor de *El desengaño en un sueño*.

El actual señor duque—lo escribo con minúscula porque con esto de los títulos me pasa lo que al portugués con los castellanos: me reventan cuando escriben malitamente;—pues bien, el actual duque, no tiene á buen seguro los talentos del difunto Duque, y cuenta que es Académico y *en su mediocridad lleva gran peso*, como dijo uno de los Argensolas, cometiendo un galicismo según los puristas al uso.

¿Qué prólogo el del señor duque! Llenito de lugares comunes; sin una mala idea ni cosa que lo parezca; desaliñado, y cuenta tiene sus pujos de correcto y castizo el señor duque; y, en fin, que es hermano de otros trabajos literarios de tan

celebrado duque. Parece hecho de mala gana, como esos chiquillos deformes que son una viva protesta contra la muy sabia y muy ordenada naturaleza.

Como no es cosa de pararse ante un prólogo del susodicho señor duque y estar dale que te pego sobre el mismo tema, me ocuparé del libro del señor Gallardo, y allá se las haya el señor duque con su aborto y su conciencia de literato que, como les pasa á muchos, deja de ser aprensiva en cuanto ciertos mortales se llaman Académicos de la Real Española.

(*Se continuar, como los folletines.*)

GLOSA GROTESCA.

[IMITACIÓN Á VILLERGAS.]

*Loco de satisfacción
ladraba un perro sentado,
porque le habían nombrado
Jefe de administración.*

Cervantes, al terminar el *Quijote*, diz que dijo:
¡Viva la gracia del hijo
del que me supo engendrar!
Y un estudiante al entrar
en clase de disección,
perplejo de admiración
el muchacho se encontraba,

porque un cadáver bailaba
loco de satisfacción.

Sócrates con la cieula
en la mano, meditaba,
en tanto que se afeitaba
Susana la disoluta.
El príncipe de Calcuta,
dijo: Aquí hay gato encerrado:
César bebió entusiasmado
una copa de aguardiente,
y en el pilón de una fuente
ladraba un perro sentado.

Josué no quiso cenar,
porque no había café,
y Cenón trotando fué
al festín de Baltasar.
Sófocles le dió al entrar
la credencial de empleado;
Lope de Vega enfadado
pidió á Calderón un peso,
y Cenón se comió un queso
porque le habían nombrado.

El buen Beltrán de la Cueva
bailaba con sus dos tías;
mientras que San Jeremías
compraba un melón á prueba.
¿Qué hizo Santa Genoveva?
nada; pero Robinsón
se tiró por un balcón;
y los que lo presenciaron,
en el aire le nombraron
Jefe de administración.

Por el loco.
EMILIO DEL VAL.

LA BANDA DE CLARINES.

Nada, que no daban chispas; qué asro de hombres tan grandes y tan inútiles; envidado que llevaba ocho días enseñándoles, número por número, cómo había que poner la lengua y aplicar los labios á la boquilla del clarín para que sonara con afinación, y que si quierres; cada vez que soplaban parecía ni más ni menos aquel respaldo del cuartel una ríña de gatos furiosos.

Todas las tardes á la misma hora, en traje de cuadra, con el gorro azul puesto y el clarín colgado de sus cordones bajo el brazo, conducidos por el cabo López, el andaluz, un rubio entre chulo y señorito que siempre estaba en el calabozo por dejarse tufos y estrecharse el pantalón, todas las tardes salíanse los diez ó doce reclutas destinados á la banda á los desmontes inmediatos, y allí se pasaban las horas ensayando y ensordeciendo los alrededores con una algarabía descomunal. Al principio todo fué bien para el cabo López: cada cual soplabá en su instrumento como lo tenía por conveniente, y él sólo se ocupaba de darles á conocer el mecanismo del clarín, y en fumar á costa de los pobres quintos que no le cerraban la

petaca para ganar su voluntad.

Pero ya llevaban una semana larga y se hacía preciso ir á mayores, porque el sargento Gutiérrez se pasaba de vivo, y el mejor día se plantaba allí, en los desmontes, á examinar á los calafos de la banda, y era capaz de cometer una barbaridad y empezar á supapos con todos, si se encontraba con que los quintos no sabían tocar «ni esto» reunidos. Aquella tarde les formó, pues, en fila, dispuesto á darles la primera lección, se colocó delante de ellos, enristró el clarín, y con gran acompañamiento de repiqueleos, inflando mucho los carrillos, soltó el primer número de marcha; luego descansó, escupió, se limpió la saliva y dijo con énfasis:

—¿Habéis oído...? ¡Es lo más fácil... Vamos á ver, el primer tiempo; yo os guiaré con mi corneta; á una...

El cabo López comenzó sus escalas; los demás soldados quisieron imitarle, pero ninguna había aprendido jota; cada cual se marchó por su lado, y ellos mismos, horrorizados de su propia obra, dejaron de soplar mientras el cabo continuaba impertérrito en su clarín; á la puestre notó que nadie le acompañaba, y suspendiendo su tarea, tornó á escupir, y rascándose la pelambre, con la

desconfianza pintada en el rostro, exclamó conteniéndose:

—*Sus habéis perdido...* Vamos otra vez y mucha atención... A una...

Volvió á enredarse el jaleo, y de nuevo los desmemoriados reclutas, azorados por las miradas atroces que el cabo les echaba, perdieron el hilo, pero no se pararon como antes, y siguieron cada quisque en su tono soltando un tropel tremendo de notas falsas. El cabo, poniendo una cara resignadísima y haciendo un gesto de mártir, bajó su corneta, sofocó un taca y dijo en voz baja:

—*Me parece á mí que como venga el sargento va á haber gófel is de veras...*

Después, sin tocar él, obligó á cada recluta á que ejecutara su parte solo; se encaró con el

primero; el soldado comenzó á soplar atropelladamente, aturdido, y tan mal salió de su empeño, que el cabo le mandó callar, ordenándole que prestara atención á lo que su compañero hacía, para repetirlo después; llegó al segundo, y el segundo ni siquiera acertó á modular una nota; pasó al tercero, y otro tanto; y entonces, el cabo, rojo de ira, despidiendo rayos por los ojos, trémulo, balbuciente, pegó una patada en el suelo, se ladeó la gorra con furia, se puso en jarras y mirándoles á todos uno por uno, como queriendo comérseles con la vista, exclamó á voces desesperado:

—¡Futrol!.. ¡Vaya una cochina educación que les han *dao* á *ustés* en su casa!...

ALFONSO PÉREZ NUEVA.

CANTARES.

Á LA BELLA SEÑORITA L. D. Y F.

Lástima me da mirar
las rosas de tus mejillas,
pues tanto las quema el llanto
que son ya rosas marchitas.

Hay un adagio que dice,
«amor con amor se paga;»

y tú lo cumples conmigo,
mas me das moneda falsa.



Si el casarse es suicidarse,
¡qué dulce será el suicidio
de el que contigo se case!

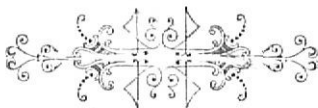


Te quiero más que á mi madre,
y esto, niña, es un pecado;
pues ella me dió la vida
y tú me la estás quitando.



Las penitas que yo tengo
se las cuento á mi morena;
que ella sola las comprende
y sólo ella las consuela.

RICARDO SOTO.



Epigramas

Ante San Antonio, un día
sorprendí á Enriqueta Cobos,
exclamando fervorosa:

— Dame, santo, si no todo,
por lo menos la mitad
de lo que hace tiempo imploro.

— ¿Qué le pide usted, Enriqueta? —
la pregunté, y, con sonrojo,
replicóme ingenuamente.

— ¡Que me otorgue un par de novios!

En casa de un limpiabotas
entróse cierto paisano.

— ¿Qué se le ofrece, buen hombre? —
le preguntó el quitabarros;
y replicó el muy zopenco,
sus alpargatas mostrando:

— ¡Tomal ¿pues qué he de querer?
¡Que me dé lustre al calzado!

Muy mal gusto has demostrado
casándote con Marcela.
¡Una coja!...

— Por lo mismo
ya sé «del pie que cojea.»

M. MARZAL Y MESTRE.



No-habiendo vela en su alcoba
y rendida por el sueño,
un cabo, para acostarse,
pidió la hermosa Remedios.
Asomóse á la ventana
el sargento Montenegro,
y dijo:—Oiga, usted, patrona,
¿le sirve á usted un sargento?

JOAQUÍN VALVERDE S. JUAN.

MISCELÁNEA

LIBROS: *Barcelona en 1888 y París en 1889*, es el título del tomo 44 de la BIBLIOTECA SELECTA, que con tanta aceptación publica el editor valenciano D. Pascual Aguilar.

El nuevo libro está escrito por D. Carlos Frontaura, lo cual es la mejor recomendación que de él podemos hacer.

Como los anteriores, su precio es 50 céntimos, y está de venta en las principales librerías de España.

Los pedidos á D. Pascual Aguilar, Caballeros, 4, Valencia.



—¿Me olvidará mi serrana?—
á un sabio le pregunté;

y al punto me contestó:
—¡Vaya usted á mandar llover!



Uno que no teme al cólera;
es más, hasta lo desprecia.
[Apuesto á que este valiente
vive con cuñada y suegra.]



El único y exclusivo corres-
ponsal encargado de la venta
y suscripción de *El Mundo*



Ella, una viudita joven,
él, un fogoso gitan;
ellos, de noche y a obscuras...

ALEGRE en Cádiz es D. Juan Rubio López.



Esta busca un buen ma-trum
quirrín, quirrín, quilum,
esta busca un buen marido.
(De *Las doce y media... y sereno*)



¿Han ido ustedes á buscar la
boa por el Retiro? ¿No?... ¿Pues
dan cien pesetas al que la en-
cuentre!



¿Cien pesetas y aún ninguno
se ha presentado con ella?..
Entonces es cosa fácil
el saber donde se encuentra:
¡que se busque en los estómagos
de los maestros de escuela!
y si parece... ¡buen provecho
le haga!



¡Pero qué *cumbroso* debe ser
el moro Kandor!... Mire V. que
venirse sin papeles y expuesto
á tantas necesidades!...



Este ha sido más prevenido
que Kandor en lo tocante á pa-
peles.



Advertimos á todos nuestros *corresponsales* que no tengan sus cuentas al corriente con esta Administración, se sirvan enviar las liquidaciones antes del día 10, si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.



Hablan de yo no sé qué....
Y piensan yo no sé cómo....
¡Son los dos tan pequeñitos
que, la verdad, no los oigo!



Si quieres subir al cielo
tienes que subir bajando,
hasta llegar al que sufre
y dar al pobre la mano.



Hizo en tu barba el Señor
un hoyito con el dedo;

¡mira tú si tendrá gracia,
siendo Dios el que lo ha hecho!

JUAN ORTEGA GIRONÉS.



No fuma, ni bebe, ni le gustan las muchachas. Cuando el río suena....



Pues señor; el caso fué que estaba el propietario de *El Mundo Alegre* tan tranquilo en su kiosko de la plaza de Santo Domingo, á esto que se acercan misteriosamente dos individuos, observan con detención los periódicos colgados, sacan una cartera y apuntan. se hablan bajo, y, por fin, ¿qué dirán ustedes que hacen?... Pues se acercan, y dándose á conocer como agentes de policía, mandan retirar del sitio donde se

encontraban los tres tomitos que hasta la fecha van publicados de la *Biblioteca Humorística*, entre ellos el de D. José Rodao.

El por qué de la cuestión no lo sabemos, pues los citados libritos no tienen nada inmoral; y si así fuera, están publicados en Valladolid, y, por consiguiente, han sido autorizados por el fiscal de imprenta de dicha población.

¿Cuál podrá ser la causa? Lo ignoramos.

Pero, en todo caso, ya pueden dormir tranquilos los vecinos del distrito de la Universidad; el foco de infección ha desaparecido.



Correspondencia particular.

Tespadro.—Madrid.—No sirven, porque no están bien; este es mi juicio.

Hamlet.—Madrid.—El diálogo no me disgusta, pero termina muy frío. De lo otro aprovecharé algo, si manda la firma. ¡Ah! en cuanto á cobrar no es tan fácil como usted cree; y menos sin haber hecho antes méritos.

Garalta.—Madrid.—Rematadísimamente malo.

Virgo Potens.—Valencia.—Siento no poder aprovechar ninguno de los de hoy.

J. A. B.—Madrid.—A usted le han engañado, sin duda. Y voy á demostrárselo.

«Cuando me miras, morena, siento un amor profundo; porque mi madre me ha dicho que eres la mejor del mundo.»

¿Eh? ¿qué tal? ¿Se desengaña usted de que no le llama Dios por este camino...?

Nesajo.—No sirve.

Renacuajo.—Tampoco.

Sacerdo T.—¡Horror! ¡qué malo es eso!

A. M.—Madrid.—Sí, señor; yo le complacería con mucho gusto, pero si aún no está bien, ¿qué quiere Vd. que haga? Más vale que escriba algo nuevo.

Osqueola.—Madrid.—Mala forma y poco fondo.

Filipo.—No sirve.

J. C.—Madrid.—Tampoco. ¡Y otra vez no se olvide usted de poner sellos á las cartas!

Hanqui Parki.—Aún no.

A. C. A.—El primero serviría arreglándolo.

E. S. A.—¡Oh! la *hoorra* sería nuestra, pero no son publicables. ¿Quién le ha dicho á

usted que un periódico que se publica cada quince días es *diario*?...

A. de C. - Defectuosa e inocente.

León Pardo. - Lo de hoy no aprovecha.

De mí para ustedes. - Madrid. - El epigrama es muy indecente; *A Teresa* ... muy malo; y lo otro muy soso. ¡Qué lástima no poder decirle que algo es muy bueno!...

J. P. y R. - Incorrecta.

A. U. - Madrid. - Mande la firma (escrita claramente) y se publicará alguno.

Quate. - Madrid. - Hombre, no hay de qué: le dije á usted aquello porque era muy malo lo que mandaba. Lo de hoy no es tanto, pero... la verdad, no he podido entresacar nada publicable. Escriba usted menos y verá cómo lo hace mejor.

Rebrab. - Madrid.

«En una hojalatería esta muestra se leía:

Venid á casa de Mata,
que da de balle la lata.»
Queda usted complacido en lo posible.

A. M. - También á usted voy á complacerle.

A UNA BELLA.

=

Desde el día que te vi
hermosa me pareciste,
y como en lucha funesta
mi corazón venciste.

A. de C. - Madrid. Una en el clavo....

Chis-Garabís. - No dicen nada.

G. Naro. - Cuide usted más la forma.

J. M. O. - Guadix. - Lo agradecemos, pero no podemos complacerle. Nos es imposible admitir prosa.

Por si acaso. - Irá en uno de los próximos números, aunque un poquito arreglada.

V. L. de O. - Madrid. - Mal mide usted el verso.



PUNTOS DE SUSCRIPCION Y VENTA DE ESTE PERIÓDICO.

CADIZ.—D. Juan Rubio y López. Sacramento, 25.

SEVILLA.—D. Joaquín Nadal.

VALLADOLID.—D. Celestino González. Kiosko de la Plaza.

ZARAGOZA.—D. Manuel Tejero. Palomeque, 28.

VALENCIA.—Doña Florentina Cuenca Primitivo. Kiosko.

CARTAGENA.—D. José Alcaraz y Andreu.

SALAMANCA.—D. Vicente Cuello. Rua, 11.

BARBASTRO.—D. Manuel Sanz.

TARRAGONA.—Señores Rabasso y Martí.

TARRAGONA.—D. Juan Mestre. Rambla de San Juan.

BARCELONA.—D. Alfredo Carvajal. Kiosko de *El Noticiero Universal*.

CASTELLON.—D. Manuel González. Altramuz, 4.

ELCHE.—D. José Agulló.

MULA.—D. Antonio López Risueño.

LEON.—D. Juan Presa. Rua, 13.

GRANADA.—D. José Rubio.

SANTANDER.—D. Juan Villalpando.

GIJON.—D. Siro Gutiérrez.

CORUÑA.—D. Tomás Lavandeira. Torre, 23, bajo.

BADAJOS.—D. Miguel González. Plaza de San José, 6.

ZAMORA.—Señora viuda de Prada Limia. Carcaba, 18.

JEREZ DE LA FRONTERA.—D. M. Gener y Sanchez.

LERIDA.—D.^a Lorenza Alonso.

GUADIX.—D. José María Ortiz.

HABANA.—Señora viuda é hijos de Pozo, Galería Literaria. Calle del Obispo, núm. 55, librería.

EL MUNDO ALEGRE

se publica quincenalmente formando un cuaderno de 32 páginas en un todo igual al presente.

Lleva artículos y poesías de nuestros principales literatos y retratos, y caricaturas de los mejores dibujantes.

UN NÚMERO SUELTO

10 CÉNTIMOS.

Por suscripción: UN SEMESTRE, Una peseta.

A los corresponsales se les remitirá la liquidación á fin de cada mes, y dejará de serlo el que no haya satisfecho el importe de su cuenta antes del día 10 del mes siguiente.

ADMINISTRACIÓN

TESORO, 5, BAJO.

KIOSKO DE LA UNIVERSIDAD,

Plaza de Santo Domingo.

Horas de despacho: en el primer punto de 2 á 6; en el segundo, todo el día hasta las doce de la noche.

